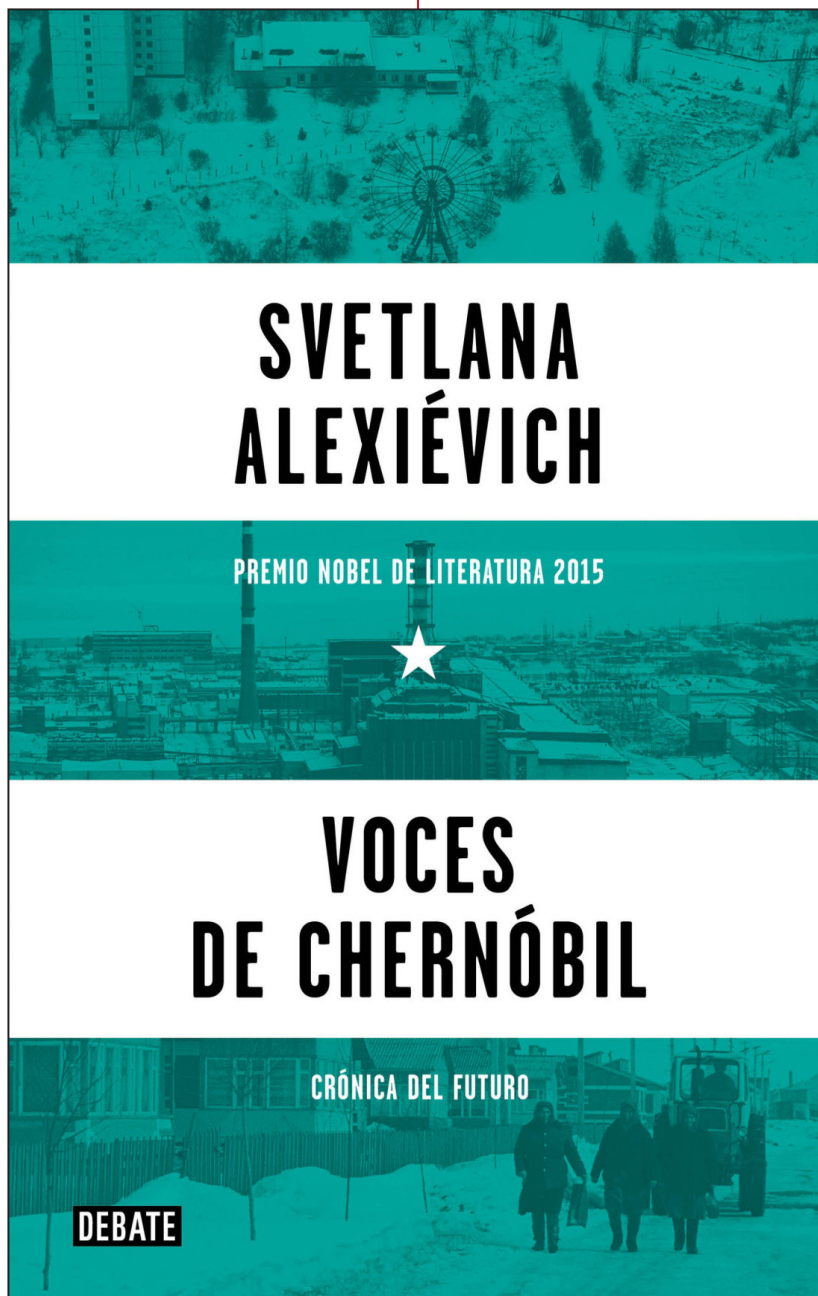




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

El 26 de abril de 1986 se sucedieron una serie de explosiones en la Central Eléctrica Atómica de Chernóbil, cerca de la frontera con Bielorrusia, un país agrícola de diez millones de habitantes. La catástrofe de Chernóbil fue el desastre tecnológico más terrible del siglo XX.

Lo que siguió al desastre nuclear fue un gran silencio por parte de la Unión Soviética que mantuvo ocultas las cifras monstruosas de muertos, enfermos y las consecuencias derivadas de la radiación en los habitantes y el entorno natural. Antes del desastre nuclear, por cada 100.000 habitantes de Bielorrusia había unos 82 casos de enfermedades oncológicas. Cuando Svetlana Alexiévich investigó para su libro *Voces de Chernóbil*, el número de casos había subido a 6.000.

Además de los bomberos que acudieron a la central aquella madrugada, se enviaron unos 800.000 soldados y se creó la figura de los «liquidadores», hombres de una edad media de 33 años que se ocuparon de apagar los incendios, de construir un sarcófago de contención y de limpiar la zona más contaminada, todos ellos expuestos a dosis mortales de radiación.

Svetlana Alexiévich visitó por primera vez Chernóbil cuatro meses después

del desastre: «Allí entendí enseguida que estábamos en otro mundo. Todo parece lo mismo —las manzanas, los pepinos, la leche—, pero sobre ellos planea ya la sombra de la muerte y las personas están desorientadas, perdidas, y no en un plano anticomunista o antisoviético, sino como algo superior, algo distinto. Porque no se trata del ser humano en la historia, sino del ser humano en el cosmos».

Pasaron algunos años en los que la periodista decidió ahondar en la tragedia con la profundidad de una buceadora en el mar de la historia. Y de ahí salió *Voces de Chernóbil*, escrito como si fuera una tragedia griega, con coros y unos héroes marcados por un destino fatal, cuyas voces fueron silenciadas durante muchos años por una polis representada aquí por la antigua URSS. Pero, a diferencia de una tragedia griega, no hubo posibilidad de catarsis. Alexiévich se acerca a la tragedia a través de las voces de testigos y supervivientes, de los protagonistas de la historia. El libro está estructurado en torno a unos 40 monólogos y varios coros de personas, hay hasta un coro de niños que vivieron aquellos días con asombro y terror como si el dios más cruel los estuviera castigando por haber roto el bote de cristal de la mermelada de frambuesa.

CLAVES DEL LIBRO

Cuando *Voces de Chernóbil* se publicó en Rusia en 1997, Svetlana Alexiévich ya contaba en su haber con obras de una profundidad histórica y poética inaudita como *La guerra no tiene rostro de mujer* (1985), *Últimos testigos. Los niños de la Segunda Guerra Mundial* (1985) o *Los muchachos de zinc. Voces soviéticas de la Guerra de Afganistán* (1989). Por esa mirada única para contar la historia, le fue otorgado el Premio Nobel de Literatura en 2015. El Jurado de la Academia Sueca la alabó «por su escritura polifónica, que es un monumento al valor y al sufrimiento en nuestro tiempo». Fue la primera periodista en ganar el Nobel de Literatura.

Alexiévich se considera una escritora lenta, le lleva tres años escribir cada libro, escribe como cosiera cada una de las voces a una hermosa y pesada manta de patchwork, cada voz es un pequeño cuadradito, distinto, bello a su manera, doloroso, que compone la historia completa. *Voces de Chernóbil* está armado así, compuesto por todas las voces humanas que hablan no a través de ella, sino por sí mismas. «Todos juntos reflejan oralmente la historia del país, su historia común, mientras que individualmente, cada persona pone en palabras la historia de su propia vida». Para ello, graba entrevistas con entre 500 y 700 personas, sus cróni-

cas abarcan generaciones enteras, representan la historia del alma soviética.

En mayo de 2019, se estrenó la serie basada en su libro *Voces de Chernóbil* que sirvió para acercar a más de 8 millones de espectadores una mirada más profunda e histórica de la catástrofe de Chernóbil.

En 2026, se cumplen 40 años y el libro de Svetlana Alexiévich es el mejor retrato de lo que sucedió. Al comienzo del mismo, la autora confiesa en una entrevista que se hace a sí misma que ella se dedica a lo que ha denominado historia omitida, a las huellas imperceptibles de nuestro paso por la tierra y por el tiempo. En su libro escribe y recoge «la cotidianidad de los sentimientos, los pensamientos y las palabras. Intento captar la vida cotidiana del alma. La vida de lo ordinario en unas gentes corrientes».

Cuando había pasado un año desde la explosión, alguien le preguntó por qué no escribía sobre lo que había sucedido, ella que vivía allí, esa tierra era su tierra, no podía ser ajena a todo lo que estaba pasando. Por primera vez desde que em-

pezó a escribir, formaba parte del suceso, no podía mantener la distancia que sentía que necesitaba para escribir porque su vida y ella eran parte de la catástrofe. «Podía haber escrito un libro rápidamente, una obra más como las que luego aparecieron una tras otra: qué sucedió en la central aquella noche, quién tiene la culpa, cómo se ocultó la avería al mundo a su propio pueblo, cuántas toneladas de arena y de hormigón fueron necesarias para construir el sarcófago sobre el mortífero reactor... Pero había algo que me detenía. Que me sujetaba la mano. ¿Qué? La sensación de misterio. Esta impresión, que se instaló como un rayo en nuestro fuero interno, lo impregnaba todo: nuestras conversaciones, nuestras acciones, nuestros temores, y marchaba tras los pasos de los acontecimientos. Era un suceso que más bien se parecía a un monstruo. En todos nosotros se instaló, explícito o no, el sentimiento de que habíamos alcanzado lo nunca visto. Chernóbil es un enigma que aún debemos descifrar».

ALGUNAS DE LAS VOCES

ENTREVISTA DE LA AUTORA CONSIGO MISMA SOBRE LA HISTORIA OMITIDA Y SOBRE POR QUÉ CHERNÓBIL PONE EN TELA DE JUICIO NUESTRA VISIÓN DEL MUNDO

Este libro no trata sobre Chernóbil, sino sobre el mundo de Chernóbil. Sobre el suceso mismo se han escrito ya miles de páginas y se han sacado centenares de miles de metros de película. Yo, en cambio, me dedico a lo que he denominado la historia omitida, las huellas imperceptibles de nuestro paso por la tierra y por el tiempo. Escribo y recojo la cotidianidad de los sentimientos, los pensamientos y las palabras. Intento captar la vida coti-

diana del alma. La vida de lo ordinario en unas gentes corrientes. Aquí, en cambio, todo es extraordinario: tanto las inhabituales circunstancias como la gente, tal como les han obligado las circunstancias, elevándolos a una nueva condición al colonizar este nuevo espacio. Chernóbil para ellos no era una metáfora ni un símbolo, era su casa. Cuántas veces el arte ha ensayado el Apocalipsis, ha probado las más diversas versiones tecnológicas del final del mundo, pero ahora sabemos positivamente que la vida es incomparablemente mucho más fantástica.

Un año después de la catástrofe, alguien me preguntó: «Todos escriben. Y usted que vive aquí, en cambio no lo hace. ¿Por qué?». Yo no sabía cómo es-

cribir sobre esto, con qué herramientas, desde dónde enfocarlo. Si antes, cuando escribía mis libros, me fijaba en los sufrimientos de los demás, a partir de entonces mi vida y yo se convirtieron en parte del suceso. Se fundieron en una sola cosa y no había manera de mantener una distancia. El nombre de mi país, un pequeño territorio perdido en Europa, del que el mundo no había oído decir casi nada, empezó a sonar en todas las lenguas y se convirtió en el diabólico laboratorio de Chernóbil, y nosotros los bielorrusos nos convertimos en el pueblo de Chernóbil. Fuera a donde fuese, todo el mundo me observaba con curiosidad: «Ah, ¿usted es de allí? ¿Qué está pasando?».

UNA SOLITARIA VOZ HUMANA

Liudmila Ignatenko, esposa del bombero fallecido Vasili Ignatenko.

Tenía el cuerpo entero deshecho. Todo él era una llaga sanguinolenta. En el hospital, los últimos dos días... Le levantaba la mano y el hueso se le movía, le bailaba, se le había separado la carne... Le salían por la boca pedacitos de pulmón, de hígado. Se ahogaba con sus propias vísceras. Me envolvía la mano con una gasa y la introducía en su boca para sacarle todo aquello de dentro. ¡Es imposible contar esto! ¡Es imposible escribirlo! ¡Ni siquiera soportarlo!... Todo esto tan querido... Tan mío... Tan... No le cabía ninguna talla de zapatos. Lo colocaron en el ataúd descalzo.

Ante mis ojos. Vestido de gala, lo metieron en una bolsa de plástico y la ata-

ron. Y, ya en esa bolsa, lo colocaron dentro del ataúd. El ataúd también envuelto en otra bolsa. Un celofán transparente, pero grueso, como un mantel. Y todo eso lo metieron en un féretro de zinc. Apenas lograron meterlo dentro. Solo quedó el gorro encima...

MONÓLOGO ACERCA DE PARA QUÉ RECUERDA LA GENTE

Piotr S., psicólogo

He viajado a la zona de Chernóbil. Ya había estado muchas veces. Y allí he comprendido que me veo impotente. Que no comprendo. Y me estoy destruyendo con esta incapacidad de comprender. Porque no reconozco este mundo, un mundo en el que todo ha cambiado. Hasta el mal es distinto. El pasado ya no me protege. No me tranquiliza. Ya no hay respuestas en el pasado. Antes siempre las había, pero hoy no las hay. A mí me destruye el futuro, no el pasado. *[Se queda pensativo.]*

¿Para qué recuerda la gente? Esta es mi pregunta. Pero he hablado con usted, he pronunciado unas palabras. Y he comprendido algo. Ahora no me siento tan solo. Pero ¿qué ocurre con los demás?

MONÓLOGO ACERCA DE SOBRE QUÉ SE PUEDE CONVERSAR CON UN VIVO... Y CON UN MUERTO

Zinaída Yevdokímovna Kovalenka, residente en la zona prohibida.

Por la noche, un lobo entró en el patio. Miré por la ventana y allí estaba

con los ojos encendidos. Como faros. Me he acostumbrado a todo. Hace siete años que vivo sola, siete años, desde que la gente se fue. Por la noche, a veces, me quedo sentada hasta que amanece, y pienso y pienso. Hoy, incluso, me he pasado la noche sentada, hecha un ovillo, en la cama, y luego he salido afuera a ver qué sol hacía.

¿Qué le voy a decir? Lo más justo en la vida es la muerte. Nadie la ha evitado. La tierra da cobijo a todos: a los buenos y a los malos, a los pecadores. Y no hay más justicia en este mundo. Me he pasado toda la vida trabajando duro, como una persona honrada. He vivido con la conciencia en paz. Pero no me ha tocado lo que es justo. Se ve que, al parecer, a Dios, cuando repartía suerte, cuando me llegó el turno, ya no le quedaba nada para darme.

Un joven *puede* morir; el viejo *debe* morir. Nadie es inmortal: ni el rey ni el menestral.

Primero esperaba a la gente; pensaba que regresarían todos. Nadie se había ido para siempre; la gente se marchaba por un tiempo. Pero ahora solo espero la muerte. Morirse no es difícil, solo da miedo. No hay iglesia. El padre no viene por aquí. No tengo a nadie a quien confesar mis pecados.

MONÓLOGO ACERCA DE TODA UNA VIDA ESCRITA EN LAS PUERTAS

Nikolái Fómich Kalugin, padre.

Quiero dejar testimonio...

Eso era entonces, diez años atrás, y

ahora eso se repite conmigo cada día. Ahora... Eso va siempre conmigo.

Vivíamos en la ciudad de Prípiat. En la misma ciudad que ahora conoce todo el mundo.

No soy escritor. No sabría contar. No soy lo bastante inteligente para entenderlo. Ni siquiera con mi formación superior.

De modo que vas haciendo tu vida. Soy una persona corriente. Poca cosa. Igual que los que te rodean; vas a tu trabajo y vuelves a casa. Recibes un sueldo medio. Viajas una vez al año de vacaciones. Tienes mujer. Hijos. ¡Una persona normal!

Y un día, de pronto, te conviertes en un hombre de Chernóbil. ¡En un bicho raro! En algo que le interesa a todo el mundo y de lo que no se sabe nada. Quieres ser como los demás, pero ya es imposible. No puedes, ya es imposible regresar al mundo de antes. Te miran con otros ojos. Te preguntan: «¿Pasaste miedo ahí? ¿Cómo ardía la central? ¿Qué has visto?». O, por ejemplo, «¿Puedes tener hijos? ¿No te ha dejado tu mujer?». En los primeros tiempos, todos nos convertimos en bichos raros. La propia palabra «Chernóbil» es como una señal acústica. Todos giran la cabeza hacia ti. «¡Es de allí!»

CORO DE SOLDADOS

Artiom Bajtiárov, soldado; Oleg Leóntievich Vorobéi, liquidador; Vasili Iósifovich Gusinóvich, conductor-explorador; Gue-nadi Víktorovich Demeniou, miliciano; Vitali Borísovich Karbalévich, liquidador;

Valentín Komkov, soldado y conductor; Eduard Borísovich Korotkov, piloto de helicóptero; Ígor Litvín, liquidador; Iván Alexándrovich Lukashuk, soldado; Alexandr Ivánovich Mijalévich, dosimetrista; Oleg Leonídovich Pávlov, capitán, piloto de helicóptero; Anatoli Borísovich Rybak, jefe de unidad de guardia; Víktor Sankó, soldado; Grigori Nikoláyevich Jvórost, liquidador; Alexandr Vasílevich Shinkévich, miliciano; Vladímir Petróvich Shved, capitán, y Alexandr Mijáilovich Yasinski, miliciano.

Llegamos a la central misma. Nos dieron una bata blanca y un gorrito blanco. Una mascarilla de gasa. Limpiamos el territorio. Un día trabajábamos abajo escarbando y arrancando restos, y otro arriba, sobre el techo del reactor. En todas partes con una pala. A los que se subían al techo, los llamaban «cigüeñas». Los robots no lo aguantaban; las máquinas se volvían locas. Nosotros, en cambio, trabajábamos. Sucedió que te brotaba sangre de los oídos, de la nariz. Te picaba la garganta. Te lloraban los ojos. Te llegaba un ruido constante y monótono a los oídos. Tenías ganas de beber, pero no tenías apetito. Se había prohibido la gimnasia matutina, para no respirar radiactividad en vano. Y marchábamos al trabajo en camiones descubiertos.

Pero trabajábamos bien. Y nos sentíamos muy orgullosos de ello.

Llegamos al lugar. Había una señal de zona prohibida. Yo no he estado en la guerra, pero tenía la sensación de vivir algo parecido. Algo que te brotaba de alguna parte de la memoria. ¿De dónde? Algo relacionado con la muerte.

Por los caminos nos encontrábamos perros asilvestrados y gatos. A veces se

comportaban de manera extraña, no reconocían a los hombres, huían de nosotros. Yo no llegaba a comprender qué les pasaba, hasta que nos ordenaron que disparáramos contra ellos. Las casas selladas; la maquinaria abandonada... Era curioso ver aquello. No había nadie, solo nosotros, los milicianos, de patrulla.

CORO DE NIÑOS

Aliosha Belski, nueve años; Ania Bogush, diez; Natasha Dvorétskaya, dieciséis; Lena Zhudro, quince; Yura Zhuk, quince; Olya Zvonak, diez; Snezhana Zinevich, dieciséis; Ira Kudriácheva, catorce; Yulia Kascó, once; Vania Kovarov, doce; Vadim Krasnosólnishko, nueve; Vasia Mikúlich, quince; Antón Nashivankin, catorce; Marat Tamártsev, dieciséis; Yulia Taráskina, quince; Katia Shevchuk, catorce, y Borís Shkirmankov, dieciséis años.

Tengo doce años. Estoy todo el día en casa, soy inválida. El cartero trae a nuestra casa dos pensiones, la del abuelo y la mía. Las chicas de la clase, cuando se enteraron de que tenía cáncer en la sangre, tenían miedo de sentarse a mi lado..., de tocarme. He mirado mis manos..., mi cartera y las libretas... No ha cambiado nada. ¿Por qué me tienen miedo?

Los médicos han dicho que me he puesto enferma porque mi padre trabajó en Chernóbil. Y yo nací después de aquello.

Yo quiero a mi padre.

Nunca he visto a tantos soldados. Los soldados lavaban los árboles, las casas, los tejados. Lavaban las vacas del

koljós. Y yo pensaba: «¡Pobres animales del bosque! Nadie los lava. Se morirán todos. Tampoco al bosque lo lava nadie. Y también se morirá».

La maestra nos dijo un día: «Dibujad la radiación». Yo pinté cómo cae una lluvia amarilla. Y corre un río rojo.

Desde niño me han gustado las máquinas. Soñaba con... Creceré y me haré técnico, como papá, que también adoraba la técnica. Los dos juntos siempre

construíamos algo. Montábamos cosas.

Tengo un hermano pequeño. Le gusta jugar a «Chernóbil». Construye un refugio, cubre de arena el reactor... O se viste de espantapájaros y corre detrás de la gente y los asusta: «¡Uh, uh, uh...! ¡Soy la radiación! ¡Uh, uh, uh...! ¡Soy la radiación!».

Aún no había nacido cuando ocurrió aquello.

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. Svetlana Alexiévich tiene un estilo único de narración, en *Voces de Chernóbil*, al igual que en sus anteriores libros, recurre a la grabación de las entrevistas que le hizo a cientos de personas para construir un libro único a camino entre el ensayo histórico y la novela polifónica de no ficción. ¿Habíais leído un libro así alguna vez? ¿Qué creéis que es lo que más destaca de su estilo?
2. El libro abre con el monólogo de Liudmila Ignatenko, la esposa del bombero Vasili Ignatenko, fallecido a causa de las quemaduras y de la radiación, ¿por qué pensáis que elige esta historia como la primera y la última? ¿De qué manera el amor de Liudmila por su marido articula de alguna manera las voces del libro?
3. El libro está lleno de voces que hablan desde el dolor y la soledad, decenas de personas que parecen que han sido olvidadas, escondidas del mundo como si hubiera un sarcófago simbólico cubriendo toda la frontera de Bielorrusia, ¿qué relato os ha llamado más la atención? ¿Qué sensaciones habéis experimentado mientras leíais a Alexiévich?
4. Alexiévich decide incluir a los niños como parte de un coro, justo al final del libro, cuando parece que poco más se puede decir, ¿qué os parecen esos niños, desde los que vivieron la catástrofe nuclear y han visto su vida y su salud comprometida por la enfermedad y las secuelas hasta aquel niño nació después y que juega a «Chernóbil»? ¿De qué manera los niños pueden llegar a narrar lo ocurrido desde otro lugar?
5. ¿Por qué pensáis que Svetlana Alexiévich decide hacerse una entrevista a sí misma? ¿No hubiera sido más sencillo un prólogo o nota de la autora? ¿Qué aporta el estilo de la autora a su manera de acercarse a la historia?

6. ¿Conocíais el desastre nuclear de Chernóbil? Después de leer el libro, ¿qué pensáis de lo que ocurrió? ¿Creéis que el libro de Svetlana Alexiévich es una buena manera de acercarse y conocer la historia reciente?
7. Al principio del libro, Liudmila Ignatenko dice: «Esta gente se está muriendo, pero nadie les ha preguntado de verdad sobre lo sucedido. Sobre lo que hemos padecido. Lo que hemos visto. La gente no quiere oír hablar de la muerte. De los horrores». ¿Qué sentido tiene el libro de Alexiévich? ¿Qué heridas puede llegar a sanar el simple hecho de escuchar a todas esas personas a las que nadie ni siquiera se ha sentado a escuchar nunca?
8. Svetlana Alexiévich tardó varios años en ponerse a escribir sobre Chernóbil, ¿por qué creéis que fue? ¿Por qué no empezó a escribir en cuanto sucedió el desastre? ¿Por qué tuvieron que pasar once años hasta que publicara su libro?
9. Zinaída Yevdokímovna Kovalenka, una de las residentes de la zona prohibida, cuenta que, a pesar de la radiación, todo vive en el campo: las lagartijas se arrastran y las ranas croan y los ratones corretean y, en primavera, florecen las lilas y huelen los cerezos. Parece una hermosa e idealizada visión, la naturaleza sobreviviendo a la catástrofe pero ¿es posible esa belleza? ¿Qué pensáis de esa mujer? ¿Es acaso esa mirada sobre el mundo una manera de sobrevivir al dolor y la soledad?
10. Una tierra arrasada, contaminada, cientos de miles de personas arrancadas de sus hogares, de sus vidas, ¿puede ser el desarraigo uno de los temas de *Voces de Chernóbil*? ¿De qué manera se puede sobrevivir a algo así?
11. Svetlana Alexiévich también les da voz a los soldados, grandes protagonistas del desastre nuclear de Chernóbil, testigos y parte, los primeros que sufrieron en su propia carne la radiación. Cuando llega el «Coro de soldados», ellos hablan de heroicidad, de la alegría de formar parte de algo grande, de ayudar, orgullosos de su esfuerzo, todos esos hombres jugaron

un papel crucial en el desalojo de las poblaciones afectadas. Después de leer su testimonio, ¿cómo creéis que se sintieron de verdad cuando descubrieron lo que estaba pasando, cuando sus compañeros comenzaron a morir? ¿De qué manera los soldados terminan siendo un instrumento de la URSS, olvidado y silenciado?

12. Después de acabar el libro, de todas esas escenas de dolor y desarraigo, parece que Alexiévich ha contado una guerra, otra guerra más, ¿qué paralelismos veis con la historia de la Segunda Guerra Mundial? ¿Es comparable lo que sucedió en Chernóbil y las consecuencias que vivió la población con las de la guerra de Ucrania?
13. En su conversación con Alexiévich, Yevgueni Alexándrovich Brovkin, profesor de la Universidad Estatal de Gómel, se pregunta: «¿Por qué no se escribe nada sobre Chernóbil? ¿Por qué nuestros escritores tratan tan poco el tema de Chernóbil?; siguen escribiendo sobre la guerra, sobre los campos de trabajo, pero de esto nada». ¿Por qué pensáis que se sabía tan poco de Chernóbil, de lo que sucedió allí realmente, de cómo jugaron con las vidas de todas esas personas como si fueran habitantes de una casita de muñecas? ¿Qué sentido tiene el libro de Alexiévich en un contexto de silencio y olvido?
14. De todas las historias, los monólogos, los coros y las voces que Svetlana Alexiévich recoge en su libro, ¿cuál os ha conmovido más? ¿Qué sensaciones tenéis al terminar de leerlo? ¿Leeríais algún otro libro suyo después de este?
15. «Yo soy testigo de Chernóbil..., el acontecimiento más importante del siglo xx, a pesar de las terribles guerras y revoluciones que marcan esta época. Han pasado veinte años de la catástrofe, pero hasta hoy me persigue la misma pregunta: ¿de qué dar testimonio, del pasado o del futuro? Es tan fácil deslizarse a la banalidad. A la banalidad del horror... Pero yo miro a Chernóbil como al inicio de una nueva historia; Chernóbil no solo significa conocimiento, sino también preconocimiento, porque el hombre se ha puesto en cuestión con su anterior concepción de sí mismo y del

mundo», escribe Alexiévich al principio de *Voces de Chernóbil*, en 2026 se cumplen 40 años de la catástrofe, la guerra de Ucrania no parece tener fin, los líderes mundiales —Putin, Trump— parecen querer acabar con el orden mundial tal y como lo conocemos, ¿qué puede enseñarnos sobre el horror y la banalidad del mal el trabajo de Svetlana Alexiévich?

LA AUTORA



SVETLANA ALEXIÉVICH (1948) es una prestigiosa periodista y escritora bielorrusa cuya obra ofrece un retrato profundamente crítico de la antigua Unión Soviética y de las secuelas que ha dejado en sus habitantes. Su espíritu crítico, su profundo compromiso con los que sufren y su fructífera carrera literaria han sido reconocidos con innumerables galardones, entre los que cabe destacar el premio Nobel de Literatura (2015), el

Premio Ryszard-Kapuscinski de Polonia (1996), el Premio Herder de Austria (1999), el Premio Nacional del Círculo de Críticos de Estados Unidos (2006), el Premio Médicis de Ensayo en Francia (2013) y el Premio de la Paz de los librerías alemanes (2013). Es oficial de la orden de las Artes y las Letras de la República Francesa y doctora *honoris causa* por la Universidad Complutense de Madrid.

LA CRÍTICA HA DICHO

«Terribles y grotescas, las historias se consolidan página tras página como los radionúclidos instalados en los cuerpos de los supervivientes.»

The New York Times

«En sus libros es capaz de rescatar lo que quedó bajo los escombros de la historia para escribir con ello una crónica del futuro.»

Carmen G. de la Cueva, *Ahora*

«Alexievich describe de manera muy elocuente la incompetencia, el heroísmo y el dolor: mediante los monólogos de sus entrevistados crea una historia que el lector, por muy distante que esté de los acontecimientos, será capaz de palpar.»

The Daily Telegraph

